

La hora de El Bomba

José Hugo Fernández

PASEARSE POR EL PRADO A LAS TRES DE LA MADRUGADA, BAJO EL LLORIQUEO invernal y contra un viento cargado de salitre que te acribilla los ojos y te raja la piel, es algo que nadie hace, a no ser que venga asistido por muy contundentes razones.

Tal es el caso de El Bomba.

Entró a la última tanda del Payret, donde estaban pasando una película española llamada *Celos*, que no vio, como tampoco hubiese visto otra, ya que no fue al cine más que a dormir un rato mientras el tiempo seguía resbalando, pegajoso, lento, hacia *su hora*.

Terminada la función, atravesó con pereza el Parque Central. Y ya sobre el sucio paseo de El Prado, comprobó que una vez más había llegado adelantado.

Entonces se fue dejando caer hasta la esquina de Colón en busca del banco de siempre, el de la espera. Y aquí está, cavilando, mientras las manecillas de su nuevo reloj, inmenso, llamativo, van tras el rastro del único momento en que El Bomba aún es capaz de sentir cómo se atasca el resuello en la mitad del pecho y la sangre vuela dentro de las arterias.

Hubo épocas en las que experimentaba a diario sensaciones como ésta. Días dichosos. Días idos.

Recuerda la escuela de paracaidistas, los primeros lanzamientos, el instante en que la nave se abría de panza ante tanto azul, tanto vacío y allá iba él, a lidiar con el viento siempre tramposo y roncador como las malas hembras. Los ejercicios nocturnos le aceleraron particularmente el pulso. Una noche cayó en la mar profunda. Había apresurado la cuenta y abrió el paracaídas antes de lo indicado. Lo hizo adrede, por ver qué sucedía. Y la experiencia fue excitante, otra vuelta de tuerca, una más, pero no la última. En la unidad de entrenamientos para Tropas Especiales siempre hallaría nuevas ocasiones de medir el aguante de sus nervios y de sus fuerzas. Fue una de las primeras cosas que le dijo Arturo cuando se conocieron.

Arturo, su entrañable Toro.

A la vez que alza el puño con la gran esfera luminosa hasta la altura de su nariz para chequear la hora, El Bomba es también alumbrado desde un íntimo rincón de la memoria. Arturo, el entrañable Toro. Amigo y confidente de los días ardorosos y las noches largas, guía para cada iniciación, sombra de su

sombra, alter ego a lo largo de casi toda esa vivificante carrera de obstáculos que ha sido su existencia.

Se levanta del banco para desentumecer las piernas. Mira hacia uno y otro lado, escudriña disimuladamente detrás de los laureles y en los altos portales que bordean El Prado. Busca una señal y no la encuentra. Todavía. Es temprano. Las dos y treinta apenas. Entonces camina muy despacio, moviendo al compás su mano derecha de donde cuelga una gruesa manilla de metal refulgente como ojos de búho. Va hasta la estatua de uno de los leones, se detiene, lo toca, desliza sus dedos suavemente sobre las frías ancas de bronce. Piensa. Siempre que pasa por la esquina del teatro Fausto tiene que subir a tocar este león. No se explica por qué, pero es así. Una especie de rito, o un capricho, irreprimible en todo caso. El Bomba piensa. Mientras, una farola de luz amarillenta extiende sobre el paseo su robusta silueta enredada con la del león.

A destaponar el paracaídas antes de lo previsto en las reglas aprendió solo, por instinto, y fue muy divertido. Pero abrirlo pasado de tiempo ya era harina de otro costal. Se requiere pericia, mucha concentración, sangre de horchata. Y eso tuvo que aprenderlo de Arturo, al igual que casi todas las otras mañas que en principio lo exaltaron de una forma rara, inusitada y luego le resultarían determinantes para cumplir las más difíciles misiones de guerra.

Arturo había ingresado en Tropas Especiales dos años antes que él y fue su instructor. Después fue su pareja en todas las competencias internacionales de acrobacia, donde hicieron historia destrozando los récords de paracaidistas soviéticos, alemanes y chinos. En uno de sus más frecuentes actos, que nadie consiguió igualar, se abrazaban en el aire e iban disparados a gran velocidad contra la tierra hasta el instante en que a punto de estrellarse, se abría uno de sus paracaídas. Lo más emocionante era que ellos también competían entre sí, pues como sólo podían usar un paracaídas para ambos, jugaban a que perdía aquel que decidiera abrir el suyo.

Al principio el ganador dentro de la pareja fue siempre Arturo. Más tarde, él niveló los resultados, pero no antes de provocar varias fracturas tanto en sus huesos como en los del otro. Pacientemente y arriesgando el pellejo en cada lance, el entrañable Toro lo había convertido en el único hombre de la tropa que era capaz de superar su propia destreza y su temeridad. No en balde llegó a quererlo como a nadie y adelantó tantas veces el pecho dispuesto a morir en su lugar, ya fuera en las selvas de África, en las cordilleras de América o en las tórridas arenas del Oriente Medio.

El Bomba le da vueltas a este último pensamiento mientras se despabila. Ha estado a punto de quedarse dormido, con la cabeza recostada al león y con las habituales rememoraciones (nombres, lugares, fechas) adheridos como lapas al flujo de su mente. Pero afortunadamente algo lo hizo reaccionar. Es la llegada de una patrulla de la policía. El carro se detuvo en la esquina. Uno de los agentes ha descendido y camina directo hacia él. Al llegar, se sitúa a prudente distancia y requiere, en tono seco:

—Su carnet de identidad.

En vez del documento solicitado, El Bomba le entrega una fina tarjeta de cartón cubierta con plástico. El policía enciende su linterna y la revisa. Luego se la devuelve, al tiempo que sonríe y le dice, ahora con una inflexión cómplice:

—Gracias, compañero. Y disculpe. Es que a esta hora toda La Habana duerme, y figúrese, uno no es adivino.

Son las dos y cincuenta. El carro patrullero se diluye en las sombras. Dentro de diez minutos cada músculo de su cuerpo, cada micra de su piel, cada uno de sus nervios entrarán en fase de alta tensión. Entonces ya no podrá permanecer sentado ni de pie. Tendrá que recorrer El Prado incesantemente, sobre todo entre Refugio y Genios, que es el tramo idóneo para la operación. Tendrá que exagerar el movimiento de sus manos al andar para que la centelleante manilla de la derecha, el reloj de la izquierda y las enormes sortijas de los cordiales resulten visibles desde lejos. Diez minutos. Entretanto El Bomba piensa.

Cuando lo conoció, ya le decían Toro, tal vez por su bravura y por su extraordinaria fortaleza física. De cualquier modo, él también traía un apodo al llegar a la unidad. Se lo pusieron desde la adolescencia. Luego de haber presenciado cómo su padre se descargaba en la cabeza todo el plomo de una Makarov con culata de nácar, nunca más logró ser como el resto de sus discípulos en la escuela secundaria. Fueron éstos quienes empezaron a llamarle El Bomba. Seguramente por los trastornos que les ocasionaba con aquel espíritu pendenciero y con aquella ira sin límites, siempre a punto para el reventón.

Por suerte, con el tiempo llegaría a conocer a Arturo. Sólo él pudo emulsionar en su sangre tanta energía atascada desde la niñez, únicamente el entrañable Toro supo hallarle un cauce e indicarle una meta.

A las dos y cincuentiséis, El Bomba hace unas cuclillas, dirige una última caricia al león y sin dejar de pensar en su amigo, recuerda el nombre y una idea de cierto personaje literario, un tal Francis Macomber, quien, de cara a la muerte, siente cómo al fin se desbordan en su interior los diques.

Piensa El Bomba. Y pensando, camina, muy calmadamente. Busca el tramo comprendido entre las calles Refugio y Genios.

A pesar de los pesares puede considerarse un tipo afortunado. Lo que aquel personaje literario no conoció más que una vez y en su último instante, y lo que muchos hombres reales no llegan a conocer nunca, ha constituido el pan del día para él, durante años. Es su eterna deuda con Arturo. Una deuda que el entrañable fiador ya no podrá cobrar. Porque está muerto. Igual que Macomber, igual que su padre, igual que todo lo que fue importante y esperanzador para El Bomba.

Ahora son las tres. Su hora. Se detiene, aguja el instinto. Las farolas de Refugio no alumbran. Al parecer alguien les desbarató las bombillas a pedrada limpia. De aquí en adelante la oscuridad será más densa. Pero está preparado. Tiene los cinco sentidos en alerta roja. Aunque no pueda detener el curso de sus evocaciones.

Muerto. Habían descendido en un solo paracaídas detrás de las líneas del ejército sudafricano, en Namibia. Una misión de alto riesgo que, como tantas

otras, cumplieron cabalmente. Sin embargo, Toro se sentía enfermo. Su cuerpo se llenó de llagas y estuvo decaído, febril, soportando los azotes de aquel páramo hirviente a lo largo de varias semanas. Así que cuando finalmente pudieron evacuarlos, fue ingresado a la carrera en un hospital de Luanda. Y desde allí lo remitieron a La Habana. Todo sucedió a ritmo vertiginoso. Y tanto, que aún no habían transcurrido dos meses desde su última operación en pareja cuando El Bomba recibió orden urgente de presentarse ante la Jefatura.

A las tres y cinco detecta una presencia. O más bien la intuye. Sin detener la marcha para no poner en guardia al objetivo, trata de ubicarlo. Pero no le es posible. Aún no. De cualquier modo sabe que está ahí, que ha llegado. Y acorta el paso, se refocila. Sin que cese el goteo de sus pensamientos.

En la Jefatura no se anduvieron por las ramas. Arturo acababa de morir de SIDA. Días antes, al intentar convencerlo de lo útil que resultaría una confesión con los nombres de sus últimos vínculos sexuales, había desanudado una sonrisa exánime, de paz: *Mi cadena tiene un solo eslabón*, dijo. Entonces lo mencionó a él.

Lo tiene. Son apenas las tres con ocho minutos, pero ya lo tiene. Acaba de descubrirlo parapetado detrás de una columna en el portal del antiguo Club de Cantineros. Seguramente está allí desde hace un rato, observándolo. No se explica por qué. No es una práctica habitual en ellos. El caso es que está allí, que ya lo tiene. A las tres con ocho.

Lo condujeron sin tardanza a uno de los mejores laboratorios habaneros y, tal como esperaban, la prueba del VIH dio positiva. En un abrir y cerrar de ojos, El Bomba se había transfigurado en La Bomba delante de la nariz de sus jefes.

Tres con diez. Más temprano que tarde ha comprendido por qué el objetivo permanece inmóvil en la oscuridad. Es que no viene solo. Y están conciliando una estrategia. No hay otra explicación. Además, puede verlo mejor. Es corpulento, pero de mediana estatura. No ha de llegarle ni a los hombros. Hace bien al no venir solo.

Estuvo recluso durante varios meses en una clínica de alto rango. Luego lo enviaron a su casa. Tenía el virus, pero no estaba enfermo. Misterios de la peste del siglo XX, comentaron los doctores. Así que de algún modo seguía siendo El Bomba. Sólo que el libro de sus aventuras en lejanas tierras quedaría cerrado para siempre. Por lo menos es lo que creyó. Y se equivocaba.

Tres con dieciocho. Detectado el segundo objetivo. Le queda mucho más cercano. Pero solamente puede verle la punta de la cabeza, ya que está oculto detrás de uno de los muros laterales del paseo, el de la izquierda; en tanto, el otro acecha desde el lado derecho, en los portales. Ambos se mueven en su misma dirección. Excelente señal. Significa que están listos y a la espera de la ocasión más ventajosa. Muy pronto encontrará el modo de proporcionársela.

Fue una sorpresa. Es verdad que aún no había causado baja, que incluso poseía y posee su carnet de oficial de los servicios élites de la Inteligencia. Pero jamás concibió la posibilidad de que le encomendaran una nueva

misión. Y menos una tan inusual. Por otra parte, no podía sospechar, ni en sueños, que iba a tener la oportunidad de llevarla a cabo en la urbe de los fulgurantes rascacielos, la vitrina del monstruo.

Bingo. Es asunto hecho. Primero, se detendrá para comprobar la hora. Luego tendrá que mostrarse contrariado, como quien se cansó de esperar. Y finalmente tomará rumbo a la esquina del hotel Packard para hacerles creer que se retira. Las tres con veinticinco. Ya son suyos. Minutos más, minutos menos.

New York le pareció única. El más regio desperdicio de la civilización occidental. Aunque no tuvo tiempo de recorrerla. Debió ir directamente en busca de su objetivo, en Manhattan, muy cerca de Times Square. Había invertido muchos días en gestiones para obtener el pasaporte que le permitiese viajar desde Santo Domingo en un vuelo de la PAN AMERICAN. Para colmo, una vez en el terreno, resultó que «su hombre» no vivía ya en la calle 43, entre la Octava y la Novena Avenida. Tuvo que desempolvar viejas redes. Hasta que por fin logró aquel primer contacto, en los baños de un bar con nombre impronunciable.

Excitante. Es algo que sencillamente atiza la circulación. Aquí los tiene, pisándole la sombra. Cuando llegue al Packard, tendrá que ver si el cuchillo de la calle Consulado se encuentra tan oscuro como de costumbre. Podría desviar sus pasos hacia allí. Sabe que si lo hace, no van a aguantar la tentación.

Tres veces contactó con su objetivo en Mahattan. La primera fue «fortuita». Las otras, previa coordinación entre los dos. Siempre en territorio neutro. Nunca visitó su *morada*, que es como aquel chiflado solía llamar al diminuto apartamento en que vivía. Un tipo simpático después de todo. No podría decir lo contrario. Impetuoso. Endemoniado. Una fiera. En algún remoto detalle que nunca le ha interesado establecer, le hizo recordar a Toro. Guardando las distancias, claro. No podía simpatizar con él. Era el enemigo. La Tétrica Mofeta. Los términos de la operación no dejaban sitio para dudas. *Un vendepatria*, así se lo habían descrito, *un alborotador y mentiroso de mierda, que se fue del país sólo para ponerse a escribir barbaridades en contra de nosotros*.

Le gustó. El cuchillo de la calle Consulado está a pedir de boca: negro, solitario. Y la hora no puede ser más propicia. Tres con treinta. Es cuestión de pararse unos segundos, voltear la vista hacia atrás, como quien echa una ojeada antes de abandonar el lugar de la frustrada cita, y tomar la izquierda, atravesando Prado. Ventrán detrás como lobos por el cordero. Y punto.

Después de New York sobrevinieron años de asfixiante reposo. Nunca le retiraron los grados, ni las atenciones, ni el carnet, ni el sueldo, pero ya no contaron más con él. Para nada. Y eso que conserva la salud y la forma de los mejores días, si excluimos el virus. El Bomba se ha quedado sin mecha. Lo peor es que cada vez le resulta más difícil agenciárselas para organizar operaciones como ésta.

Justo a su gusto. Optaron por la encerrona en Consulado. Les ofrece mayor seguridad. Y ahora ya los tiene encima. Puede olerlos. Cree escucharles jadear. Tal vez uno de los dos lo aborde de frente para preguntarle la hora

mientras el otro ataca por la espalda. O va y se lanzan juntos. No importa. Él está preparado. Si traen navajas, tendrá que empezar por desarmarlos. El enfrentamiento debe ser a puñetazos y a patadas. Que se empleen a fondo, que suden la presa. Les presentará resistencia para que le peguen duro. Los golpeará a cambio del placer de ser golpeado. Luego fingirá una caída. Y cuando esté en el suelo, que se lo coman a puntapiés, que lo martiricen con saña, que le obsequien auténtico dolor, hasta desbordarle los diques. Sólo así va a permitir que le roben su reloj, la manilla reluciente y las grandes sortijas de agua marina. Es su hora. Todo cuanto le queda. Y tiene que vivirla a plenitud. Pasarán semanas, quizás meses, antes de que pueda comprar nuevas joyas de fantasía para volver a El Prado. Estas operaciones exprimen su bolsillo, son caras, lo cual quiere decir escasas.

